

pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron uno de nuestros soldados é hirieron doce; y asimismo hirieron muchos tlascaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo otro día tuvimos nueva como querían venir de paz los de Chalco y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones mejicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar á ello, y les hacían mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, y mas si eran hermosas, y delante de sus padres ó madres ó maridos tenían acceso con ellas; y asimismo, como estaba ea Tlascal cortada la madera y puesta á punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentíamos mucha pena dello todos los mas soldados; y demás desto, vienen del pueblo de Venenzuela, que se decía Mesquite, y de otros pueblos nuestros amigos á decir á Cortés que los mejicanos les daban guerra porque han tomado nuestra amistad; y tambien nuestros amigos los tlascaltecas, como tenían ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querían algunos dellos volverse á su tierra, no osaban, por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que le demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chalco para que viniesen á nuestra amistad, no podia dar recaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco había menester estar siempre la barba sobre el hombro y muy alerta, lo que acordó fué, que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmalanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, con quince de á caballo y ducientos soldados, y con escopeteros y ballesteros y nuestros amigos los de Tlascal, é que procurase de romper y deshacer en todas maneras á las guarniciones mejicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco, porque estuviere el camino de Tlascal muy desembarazado y pudiesen ir y venir á la Villa-Rica sin tener contradicción de los guerreros mejicanos. Y luego como esto fué concertado, muy secretamente con indios de Tezcuco se lo hizo saber á los de Chalco para que estoviesen muy apercebidos, para dar de día y de noche en las guarniciones de mejicanos; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercebieron muy bien; y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, parecióle que era bien dejar en la retaguarda cinco de á caballo y otros tantos ballesteros, con todos los mas tlascaltecas que iban cargados de los despojos que habían habido; y como los mejicanos siempre tenían puestas velas y espías, y sabían cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenían aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnición, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los tlascaltecas con su hato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos. De manera que, aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos y los desbarató, y mató siete mejicanos, como estaba la laguna cerca, se le acogieron á las canoas en que habían venido, porque

todas aquellas tierras están muy pobladas de los sujetos de Méjico; y cuando los hubo puesto en huida, é vió que los cinco de á caballo que había dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dejó de decilles á los demás que dejó en su defensa que habían sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien le parecía que no sabían qué cosa era guerra; y luego puso en salvo todos los indios de Tlascal con su ropa, y tambien despachó unas cartas que envió Cortés á la Villa-Rica, en que en ellas envió á decir al capitán que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas y el pensamiento que tenía de poner cerco á Méjico, y que siempre estoviesen con mucho cuidado velándose; y que si había algunos soldados que estoviesen en disposición para tomar armas, que se los enviase á Tlascal, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos mas seguros, porque corrían riesgo; y despachados los mensajeros, y los tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que había de tener rebato de mejicanos; é yendo por su camino, cerca de Chalco vió venir muchos escuadrones mejicanos contra él, y en un campo llano, puesto que había grandes labranzas de maizales y magueis, que es de donde sacan el vino que ellos beben, le dieron una buena refriega de vara y flecha, y piedras con hondas, y con lanzas largas para matar á los caballos. De manera que Sandoval cuando vido tanto guerrero contra sí, esforzando á los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas y con pocos amigos que le habían quedado los desbarató; y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos, mas tal priesa les dió, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habían hecho; y como lo supieron los de Chalco, que estaban cerca, le salieron á recibir al Sandoval al camino, y le hicieron mucha honra y fiesta; y en aquella derrota se prendieron ocho mejicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro día dijo el Sandoval que se quería volver á Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que había encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco; y que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que vernían con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros; y luego se fué el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales y los ocho prisioneros mejica-

nos, y cuando Cortés supó su venida se alegró en gran manera; y después de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje y cómo venían aquellos señores de Chalco, se fué á su aposento; y los caciques se fueron luego ante Cortés, y después de le haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de su majestad y según y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo había mandado, y para que por su mano les hiciese señores; y cuando hubieron dicho su razonamiento, le presentaron en joyas ricas obra de ducientos pesos de oro. Y como el capitán Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor y les abrazó, y dió por su mano el señorío de Chalco al hermano mayor, con mas de la mitad de los pueblos sus sujetos; y todo lo de Talmalanco y Chimaloacan dió al hermano menor, con Ayocingo y otros pueblos sujetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés á los principales viejos y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron que se querían volver á su tierra, y que en todo servirían á su majestad, y á nosotros en su real nombre, contra mejicanos, é que con aquella voluntad habían estado siempre, é que por causa de las guarniciones mejicanas que habían estado en su provincia no han venido antes de ahora á dar la obediencia; y tambien dieron nuevas á Cortés que dos españoles que había enviado á aquella provincia por maíz antes que nos echasen de Méjico, que porque los culchúas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas, lo cual ya lo sabíamos días había, porque el uno dellos era el que se fué á Tlascal; y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos días, porque había de enviar un capitán por la madera y tablazon á Tlascal, y los llevaría en su compañía y les ponia en su tierra, porque los mejicanos no les saliesen al camino; y ellos fueron muy contentos y se lo agradecieron mucho. Y dejemos de hablar en esto, y diré cómo Cortés acordó de enviar á Méjico aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, á decir al señor que entonces habían alzado por rey, que se decía Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdición ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaria la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaria cosa ninguna; y que las guerras, que á los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirían; y que bien sabíamos de las albarradas é pertrechos, almacenes de varas y flechas y lanzas y macanas é piedras rollizas, y todos los géneros de guerra que á la continua están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacello, y que para qué quiere que mueran todos los suyos y la ciudad se destruya; y que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda; é que tambien mire que todos los pueblos sus comarcas nos tenemos de nuestro bando, pues los tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales que les han hecho, y que dejen las armas y vengán de paz, y les pro-

metió de hacer siempre mucha honra; y les dijo doña Marina é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso; y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados que se los trujesen á Méjico para sacrificar, y que cuando los enviasen á llamar, que luego viniesen con sus armas; y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en Méjico se hacían, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guatinchan ó Guaxutlan descalabrados de los mejicanos porque habían tomado nuestra amistad y por la contienda de los maizales que solían sembrar para los papas mejicanos en el tiempo que les servían, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como estaban cerca de la laguna de Méjico, cada semana les venían á dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos á Méjico; y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona y con cien soldados y veinte de á caballo y doce escopeteros y ballesteros; y tuvo buenas espías para cuando sintiesen venir los escuadrones mejicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los escuadrones mejicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro mejicanos y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco; y dende en adelante no vinieron mas los culchúas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascal por la madera y tablazon de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval á Tlascal por la madera de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo que le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los bergantines acabados y vernos ya en el cerco de Méjico, y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro capitán Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo ducientos soldados y veinte escopeteros y ballesteros y quince de á caballo, y buena copia de tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos; é antes que partiesen hizo amistades entre los tlascaltecas y los de Chalco; porque, como los de Chalco solían ser del bando y confederados de los mejicanos, y cuando iban á la guerra los mejicanos sobre Tlascal llevaban en su compañía á los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenían mala voluntad y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y

tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narvaez y aun de los nuestros y muchos tlascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de Méjico; y los soldados que mataron eran que venian de la Veracruz á Méjico cuando íbamos en el socorro de Pedro de Albarado; y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de Méjico, y porque en aquella sazón no se podia hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitán le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí á los dos mancebos señores della, y fué al Pueblo-Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías cómo iban sobre ellos, y desampararon el pueblo y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó cuatro porque hubo mancilla dellos; mas hubieronse mujeres y mozas, é prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó á los cuatro que prendió, y les dijo que cómo habian muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de Méjico los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino; y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mejicanos y de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron, y que los de Tezcuco los llevaron á su ciudad, y los repartieron con los mejicanos; y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa; y que aquello que hicieron, que fué en venganza del señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, que habian rociado con ella á sus ídolos; y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos; y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.» Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traído; de todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó; mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se pren-

dian lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon, y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos y servirnos muy bien; y preguntados por el oro que robaron á los tlascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que otros habian tomado las cargas dello, y que los mejicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos y se lo dió á Malinche, que lo tenia preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tlascala, y junto á la cabezera del pueblo mayor, donde residian los caciques, topó con toda la madera y tablazon de los bergantines, que la traian á cuestras sobre ocho mil indios, y venian otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traian el bastimento; y venian por capitanes de todos los tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio muy principal y esforzado; y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepile y Teutical, y otros caciques y principales, y á todos los traia á cargo Martín Lopez, que era el maestro que cortó la madera y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros españoles que no me acuerdo sus nombres; y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hubo mucho placer por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos dias detenido, esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian, con el mismo concierto fueron dos dias caminando, hasta que entraron en tierra de mejicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín Lopez, que lo traia todo á cargo, que seria bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venian, porque los tlascaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de Méjico y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos; y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenian por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que le hacian honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegaron á Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas, puestos en ordenanza, caminaron, y no quebraron el hilo en mas de

medio día que iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala.» Y llegaron á Tezcuco, y Cortés y ciertos capitanes les salieron á recibir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo á Chichimecatecle y á todos los capitanes que traia; é las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente á los bergantines se puso cerca de las zanjias y esteros donde se habian de labrar; y desde allí adelante tanta prisa se daban en hacer trece bergantines el Martín Lopez, que fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decian Andrés Nuñez y un viejo que se decia Ramirez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernandez, aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba á machacar; todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltó sino calafatearlos y ponerles los mástiles y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teniamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en Méjico hacian y concertaba Guatemuz; y era, que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á Méjico, y cómo les perdonaba el tributo y el trabajar, que de día y de noche trabajaban de hacer casas y abondar los pasos de las puentes y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia, y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los bergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navios de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Cómo nuestro capitán Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de Méjico obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos; y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Tezcuco sobre quince mil tlascaltecas con la madera de los bergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, antes les faltaban; y como el capitán de los tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decia Chichimecatecle, dijo á Cortés que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran emperador y batallar contra mejicanos, así por mostrar sus fuerzas

y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, así en Méjico como en sus tierras; y que le pedia por merced que ordenase y mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos; y Cortés les dijo que les tenia en mucho su buen deseo, y que otro día queria ir á un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que habia entrada para él por tierra; el cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces, y no quiso venir, y que les tornó á enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetecuco y de Obtumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenian menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos; é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarian, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen; y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada, y mandó á doscientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de á caballo, y llevó consigo á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí y muchos ballesteros y escopeteros, y á todos los tlascaltecas, y una capitania de hombres de guerra de Tezcuco, y los mas dellos principales; y dejó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval, para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habiamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan á la raya de Méjico, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mejicanos; y mandó al Sandoval y á Martín Lopez, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Después de haber oido misa salió con su ejército, é yendo su camino, no muy lejos de Saltocan encontró con unos grandes escuadrones de mejicanos, que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos; y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mejicanos, porque luego se acogieron á los montes y á partes que los de á caballo no los pudieron seguir; mas nuestros amigos los tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta; y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores de campo y velas y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de Méjico, habia enviado muchos escuadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros; y otro día de mañana junto al pueblo comenzaron los mejicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hirieron á diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlascaltecas, y ningun